



ROMANCE TRAGICO

DE DON JUAN GONZALEZ

Y DOÑA ROSA GISNEROS,

O LA FUERZA DE LA SANGRE.

Refiérense los amores de este caballero, y el ardid de que se valió para robar á su amante del lado de sus padres, con lo demás que verá el lector.

PRIMERA PARTE.

Al sacro Autor soberano,
que crió la tierra y cielo,
humildemente le pido
dé luz á mi entendimiento,

desate mi torpe lengua,
y á mi pluma le dé acierto,
para que en écos acordes
formalice mis acentos.

Atencion, noble auditorio,
 porque referir pretendo
 el caso mas prodigioso,
 y el mas notable suceso
 que han oído los nacidos,
 ni en los anales del tiempo
 otro igual se halla notado,
 desde Adan que fue el primero
 de toda su descendencia,
 que tan dilatada vemos.
 En la mas noble ciudad
 de cuantas tiene en su reino
 España, blason del orbe,
 cuyo dilatado imperio
 continuamente el sol dora
 con sus brillantes reflejos,
 que es la ciudad de Leon,
 cabeza de todo el reino
 de su nombre, y de gran lustre,
 pues en los antiguos tiempos
 fue corte de los monarcas
 del español emisferio.
 En esta ciudad vivia
 un hidalgo caballero,
 llamado Don Juan Gonzalez,
 muy atendido en el pueblo
 por cortés, por muy afable,
 por liberal y discreto.
 Su esposa Doña Leonor
 de Aguilar y Marmolejo,
 era un mapa de hermosura,
 de perfeccion un compendio.
 De su feliz matrimonio,
 al cabo de años que al cielo
 por sucesion suspiraban,
 un hijo varon tuvieron,
 logrando lo que querian,
 que fue el tener heredero.
 Diéronle el nombre del padre,
 aunque contrario en estremo

salió á todas sus costumbres
 por su bullicioso genio.
 Criáronlo con cariños,
 y con buenos documentos;
 mas él por inclinacion
 ha salido tan travieso,
 que á los quince años de edad
 era caballo sin freno.
 Los padres le reprendian,
 y él soberbio y desatento
 no hace caso de castigos,
 perdiéndoles el respeto.
 Asi vivia triunfando
 y gastando sin recelo:
 tenia muchos amigos,
 que donde sobra el dinero,
 nunca faltarán chupones;
 y como dice el proverbio,
 esto que nada nos cuesta
 hacerlo fiesta pretendo.
 Llegando pues á tener
 el referido mancebo
 diez y ocho primaveras,
 tomar estado ha resuelto,
 aunque sus desenvolturas
 no daban lugar á ello.
 Se enamoró finalmente
 de un ángel en lo discreto,
 de una diosa en la hermosura,
 y una deidad en lo bello.
 Sin que descubriera á nadie
 este su amoroso intento,
 andaba muy vigilante,
 y en repetidos paseos
 por sus balcones y puerta
 publicaba el galanteo,
 siguiéndola adonde iba.
 Supo pues como á un festejo,
 en la noche de San Juan
 iba Don Diego Cisneros

con su amada esposa, y llevan
 aquel hermoso lucero
 de Doña Rosa su hija,
 que es la dama que celebro:
 él con sigilo y cuidado
 convocó dos compañeros
 porque le hicieran espaldas;
 y á los tales descubriendo
 la pasión que en él reinaba,
 les metió en un grande aprieto.
 Al revolver de una esquina
 les salieron al encuentro
 todos tres muy embozados;
 y llegándose violento
 el amante, con la niña
 cargó como un rayo, á tiempo
 que el padre volvió la cara,
 y visto el atrevimiento
 del tal mancebo, metió
 la mano á su fuerte acero;
 y los otros con destreza
 delante se le pusieron
 con espadas y broqueles,
 y los tres fuertes guerreros
 batallaron grande rato;
 y al ruido y al estruendo,
 acudiendo mucha gente,
 los dos se escapan huyendo.
 La señora, de un desmayo,
 caída estaba en el suelo;
 pues al verse sin la hija
 fueron muchos los extremos.
 En una casa inmediata
 á entrambos los recogieron,
 procurando consolarles,
 bien que era en valde, pues ellos
 hasta recobrar su hija
 ningún sosiego tuvieron.
 Los condujeron á casa,
 y sin entregarse al sueño

lamentaban su desgracia
 clamando al piadoso cielo.
 Volvamos á referir
 la ejecucion del mancebo,
 que así que se retiró
 del tropel un largo trecho,
 reparó que iba sin habla,
 mas no desistió por eso:
 sacó un pañuelo, y le cubre
 los dos hermosos luceros.
 En suma llegó á su casa,
 que estaba todo en silencio,
 durmiendo muy descuidados:
 abrió la puerta en secreto,
 que para este fin llevaba
 una ganzúa de acero.
 La introdujo hasta su cuarto,
 y echándola sobre el lecho,
 dió riendas á su apetito,
 que desbocado, ofendiendo
 la pureza á aquella rosa,
 quedó sin el lustre terso.
 Dejóla en aquel estado
 sin sentidos, y al momento
 fue en busca de sus amigos;
 mas ella en el intermedio,
 volviendo de su letargo,
 se hacia varios conceptos,
 sin saber qué le pasaba;
 mas no obstante, conociendo
 que su honestidad habria
 padecido detrimento,
 lloraba su triste suerte;
 y tomando con acierto
 una bugía que vido,
 reconoció el aposento,
 el adorno de la sala,
 y notando al mismo tiempo
 que en un escritorio estaba
 coronando su aderezo

una imagen de la Virgen,
 de oro fino de gran precio,
 arrancóla de su sitio,
 envolvióla en un pañuelo,
 y guardóla, porque hubiese
 un testigo, que del hecho
 la verdad acreditase,
 si se ofrecia algun tiempo.
 Volvió á esconder la bugía,
 entrose en el aposento
 ahogando los suspiros
 y reprimiendo el resuello.
 En esto los tres llegaron,
 abren la puerta en secreto,
 la llaman y la ecsaminan,
 como ignorantes del hecho,
 por la casa de sus padres,
 y dónde vive en el pueblo,
 cómo se llama la calle,
 y ella con sagaz acuerdo
 dice que no sabe el nombre
 de la calle, pues por cierto
 ha poco que en ella habita.
 Entonces dijo el mancebo,
 que ya arrepentido estaba
 del desatino que ha hecho:
 no temas, hermosa niña;
 si quieres que te llevemos
 á tú casa, dinos dónde
 vives, hermoso lucero,
 que mis amigos y yo
 juntos te acompañaremos.
 Ella respondió: la calle,
 ya he dicho que yo no puedo
 decir su nombre, pues solo
 lo que yo de ustedes quiero,
 que me acompañen y lleven
 á la calle del Pozuelo,
 que de allí ya sé á mi casa.

Y todos le respondieron:
 pues vamos, porque ya el dia
 con sus hermosos reflejos
 viene bordando tapices,
 y desterrando á Morfeo.
 Le volvieron á vendar
 la hermosura de su cielo,
 y de la mano la sacan,
 caminando á paso lento
 hasta salir de la casa,
 y en la calle del Pozuelo
 la pusieron con presteza;
 y su rostro descubriendo,
 se fueron y la dejaron.
 Ella con algun recelo
 hácia su casa camina;
 llamó á la puerta bien quedo,
 abrió su padre al instante,
 y con el mismo silencio
 la entró en casa, y luego cierra
 la puerta, y al mismo tiempo
 llegó su madre confusa,
 abrazóla, y desde luego
 se hicieron mares sus ojos,
 al primer llanto volviendo.
 Se entró su madre con ella,
 y le pregunta en secreto:
 dónde has pasado la noche?
 quién los atrevidos fueron
 que á mis ojos te robaron?
 se ha atrevido alguno de ellos
 á injuriarte, Rosa mia?
 Y la hija por esteuso
 de todo cuenta le ha dado,
 encargándole el silencio,
 que no lo sepa su padre,
 asegurada que el cielo
 volveria por su causa,
 pues fue sin consentimiento

forzada su voluntad.
Y aqui, auditorio, pretendo
dar fin á la primer parte,

y en la segunda prometo
dar relacion al curioso
del fin de aqueste suceso.

SEGUNDA PARTE

DE DON JUAN GONZALEZ

Y DOÑA ROSA CISNEROS.

*Finalízanse los lances que sucedieron á estos dos amantes,
logrando al fin casarse con contento y alegría de ambas
partes; con lo demas que verá el lector.*

En la primer parte dije,
noble auditorio discreto,
como llegó Doña Rosa
á su casa, y por estenso
dió relacion á su madre
del referido suceso.
Lamentaron tal desgracia,
mas por entonces no dieron
al padre cuenta de nada.
Pues volvamos al mancebo,
que era tanto su desórden
que escandalizaba el pueblo.
Sus padres mil pesadumbres
tenian cada momento,
hasta que resueltamente
han dado parte al Consejo,
para que prendan al hijo
y le den algun destierro,
porque no los infamara

con su proceder perverso:
pues quitándole de amigos
lloraria su escarmiento.
A los quinze ó veinte dias,
con orden del Real Consejo
de Leon, lo desterraron.
Vamos á que del tropiezo
se sentia embarazada
Doña Rosa, y en efecto
vino la hora y dió á luz
una niña como un cielo.
Fue todo con gran recato,
y diligencias haciendo
encontraron con un ama
que la crió con contento.
Llevábala muchas tardes
á la casa de Don Diego,
y para mas ocultarlo
de la noticia del pueblo,

daba á entender que la niña es de la cuna, y con esto á cualquiera que pregunta satisfaccion le dan luego. Tenia la hermosa niña ya cinco años, y á tiempo que etaba en medio la calle, oficiosa con sus juegos, Don Juan Gonzalez venia con su caballo, y por presto que parar quiso, no pudo, la atropelló, sin poderlo remediar; y prontamente desmonta, y con mucho afecto la toma en brazos, y triste se fue á su casa corriendo. A su esposa le da parte del lastimoso suceso; y la niña casi muerta, apenas tenia aliento. Procuraron con bebidas propinadas al intento recobrarla, y la observaron vuelta en breve al ser primero; pues no se hizo daño alguno, ni contusion en el cuerpo. La madre muy descuidada, ignorando este suceso, estaba dentro su casa; mas entró en algun recelo, viendo no entraba la niña. Salió á la puerta, y haciendo pesquisa por donde andaba, se llegó á ella un buen viejo, y le dijo, que un caballo que en él montado venia, se bajó luego al momento, y tomándola en los brazos, se fue á su casa corriendo.

Desatinada la madre con aviso tan funesto, enterada de las señas fue en casa del caballero, y preguntó por la niña. Salió con muchos cortejos Doña Leonor, y le dijo: señora mia, yo siento el gran pesar que usted trae, mas no lo tengo yo menos, y mi esposo juntamente: y no sé qué diga á esto; porque es tan grande la pena que mi esposo y yo tenemos, que es increíble, señora. Entre usted hácia acá dentro, que en una cama en la sala á la niña la tenemos, y no le faltará nada hasta el restablecimiento. Entró alegre Doña Rosa á ver á su hija, y luego que la niña vió á su madre, no cabia de contento: y ella con tiernos abrazos la acariciaba en su seno. Despues que Doña Leonor le hubo hecho el cumplimiento, ofreciendo aquella casa muy rendida á su respeto, Doña Rosa la responde: mucho, señora, agradezco á ustedes la gran fineza que con esta niña han hecho, pues aunque ella es huerfanita, sin tener padres ni deudos, la queremos como hija; y sírvase usted, que luego quiero pasarla á mi casa. Y le respondió al momento

Doña Leonor: mi señora,
 mas favor es el que espero
 de usted; la niña está bien:
 si usted quiere que logremos
 mi esposo y yo recibir
 favor que no merecemos,
 haga usted luego posada
 en mi casa, y gozaremos
 la gran dicha y la fortuna
 de su favor. En efecto
 ella con gran regocijo
 dió satisfaccion á esto.
 No obstante tal alegría,
 el corazon por momentos
 le está diciendo al oído:
 esta es la sala, este el lecho,
 este el balcon y escritorio;
 aqui fue donde el grosero
 que te robó, dejó mustia
 tu belleza en un momento.
 Cuando entre estas congeturas
 vacilaba su concepto:
 llamó el mancebo á la puerta,
 pues cumplido su destierro
 obtuvo la libertad,
 que el perderla fue escarmiento
 para conocer su porte,
 mejor conducta escogiendo,
 á su casa concurriendo.
 Alegres salen los padres,
 pues aunque gustosos fueron
 de su destierro, el amor
 nunca les faltó en su pecho.
 Lo reciben con cariño,
 los vecinos vienen luego,
 y todos se congratulan,
 enhorabuena rindiendo,
 por haber vuelto á su patria.
 Entróse en la sala á tiempo

que Doña Rosa á la niña
 alhagos le hacia tiernos,
 y al instante que la vido,
 dióle el corazon un vuelco,
 anunciando cierta dicha:
 informóse del suceso,
 y dándole estensa cuenta,
 hizo entre sí sus recuerdos,
 y preguntó á Doña Rosa:
 cuya es la niña? A que luego
 Doña Rosa satisfizo:
 es huerfanita, que el pecho
 dándole un dia su madre,
 de un accidente funesto
 cayó en el suelo mortal;
 mi madre llegó á este tiempo,
 y recogiendo la niña
 la libró de aqueste riesgo,
 pues que con ansias mortales,
 sin recibir sacramentos,
 falleció del accidente
 su madre, y á breve tiempo
 falleció tambien su padre.
 Mi madre con mucho celo
 buscó un ama, y la crió,
 y cual si fuera su espejo,
 se mira en ella y divierte;
 esto, señor, es lo cierto.
 Respondió el mancebo entonces:
 á vuestro razonamiento
 he estado atento, señora,
 y me repugna el creerlo.
 Respondióle Doña Rosa:
 eso es decirme que miento.
 No digo tal, le replica;
 pero señora, yo tengo
 diversa idea formada.
 Y ella dice, lo mas cierto
 es, señor, que esta es tu hija,
 y si tú cristiano pecho

la verdad te persuade,
yo soy su madre en efecto,
y pues gozais noble sangre,
obrad como caballero.

El respondió: mi señora,
si esa es deuda que yo debo,
y gustais de ser mi esposa,
el ser yo vuestro prometo.

Pero humilde antes os pido
perdon de mi desacierto,
y si descortés he obrado,

lo remediaré ahora cuerdo:
en parte vuestra hermosura
fue la causa de mi exceso,
que he de procurar dotarlo,
venerándoos con extremo.

Su padre y madre admirados
quedaron de este suceso,
por ignorar los principios

del caso, y por los extremos
se fue enlazando la historia;
y para evidencia de ello,

dijo entonces Doña Rosa,
si habian hechado menos
por aquel tiempo una joya
de considerable precio,
que ella para fiel testigo

la guardó con gran secreto.

Para que duda no hubiese
en lo que habia propuesto,

hizo tragesen la Imágen
de oro, que con acuerdo

se llevó del escritorio.
Informaron á Don Diego

de todo lo acaecido,
interponiendo sus ruegos,

para que de aquel agravio
perdonase. Y muy contento

convino en el desposorio;
y sin dar mas curso al tiempo,

dan parte al Señor Obispo,
y su Ilustrísima viendo

el caso tan prodigioso,
los desposa; y con contento

viven en union conforme,
con grande paz y sosiego,

colmado de bendiciones
un tan dichoso himeneo

el cielo, pues á sus fines
lo va todo disponiendo,

sin que pueda humana ciencia
frustrar sus altos decretos.

Y al auditorio suplico
disimule los defectos.

FIN.

VALENCIA:

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 48, donde se
hallarán otros diferentes.*